

Sady Zañartu.

LOS ANSIOSOS DEL DESIERTO

EL CAMINO DE CHILE

EN el desierto de Atacama todavía se incrustan las piedras baldosadas que señalan el camino del Inca. Las he visto saliendo del valle de Copiapó, en el despoblado, durante largo trecho, las encontré en la falda de un cerro de vetones rojos, y, por último, diseminadas frente a la bocamina donde reventara un rico crestón de plata.

El camino, que trajo la primera civilización para comunicar a Chile con el Cuzco imperial, tiene algo de eterno en las piedras que lo forman, constreñidas a acomodarse en la vastedad de los Andes y a llevar el mensaje de los hombres nuevos.

Este camino se prolonga hacia el pasado y el porvenir. Es el camino por donde llegamos. Su inmutabilidad conquista.

El ojo visionario del inca Yupanqui lo sacó por valles hondos y sierras altas, por tremedales de agua y por peña viva, lo hizo entre nieves con escalones y descansos, vallados por las laderas, socavado a los ríos en sus paredes, y por todas partes limpio, barrido, descombrado. Era el camino del señor de todas las culturas peruvianas para dar paso al vuelo libre de la imaginación.

Los naturales que lo construyeron caminaron en línea directa como debe ser todo principio de amistad

entre pueblós. Se orientaban en el día por el Sol y los cerros, en la noche por la cruz del Sur y el aire. Poseían una doble vista, un doble oído, un sentido de orientación, desconocido para los hombres de otros continentes, y que los hacía atravesar, sin pavor, los altiplanos extensos y los arenales estériles.

Así llegaron a Chile los hijos del Sol.

El camino del Inca, después de dejar en Copayapu sus pucarás y tambillos que aseguraban la conquista, penetra en el valle del Mapocho, pero no avanza hacia el sur del Maule. Los araucanos eran demasiado guerreros para ser pacificados económicamente por un camino. Las campañas de proselitismo de los incas se replegaron de las tierras sureñas. No tuvieron interés en proseguir hacia el sueño impenetrable del bosque y de las aguas.

Este aislamiento en que nos dejaron dura hasta a mediados del siglo XIX. El camino, si bien servía a los viajeros que iban al Alto Perú y a los poblachos interiores del desierto, continuó ocultando en las sierras y planicies la ruta de su riqueza. Sólo cuando la herencia nacional de sangre ilusa nos arroja a la ola pétrea de la cordillera andina, el camino vuelve a la retroacción que determinara la cualidad del pensamiento comunal. Los arrieros perdidos bendicen la huella infalible, los cateadores orientan sus distancias de tambo a tambo, como los correos de chasquis, los enfermos de sed vienen a encontrar la aguada en el páramo. Aquella ruta que la piedra enternecida señala se convierte en el símbolo de nuestra humanidad en marcha.

La noche manda al camino el brillo de sus colpas de plata. Y el minero sueña escuchando el mensaje de un alcance misterioso que viene de la eminencia de la montaña. Cree ver en la distancia señales de fuego, siente cantos de trompetas, gritos de monterías, rumores de pisadas veloces, olores de frutas frescas y

de pescados de caletas distantes. Un mundo invisible llena de voces el desierto.

Son los chasquis que corren en busca del tributo del Inca por el camino paralelo a la cadena de los Andes. Se escucha en el tambo vecino el canto de la trompeta de caracol que anuncia la llegada del correo. Los pucarás encienden en la cima de las sierras las fogatas que transmiten el aviso del sagrado envío, de abra en abra, de sur a norte, hasta el Cuzco.

Los chasquis llevan en las espaldas el bastimento de oro y sólo dejan, en el desierto, el sueño excitado en la masticación de las hojas de coca. La tierra refleja en el espejo mineral praderas regadas que evocan un idilio pastoril; lagunas tersas que son viviendas de lunas encantadas; altísimos nevados que semejan almas en pena y suben y bajan en quimérica aparición; tapices que rivalizan con el sol y el zafiro de las aguas.

LOS BUCEADORES

La conquista del desierto es la segunda persecución de «el Dorado». La áurea fiebre hace delirar a los criollos pobres con riquezas fantásticas. Y estos empiezan a buscar en las sierras interminables las guías de plata y de oro, a escarpar por las quebradas andinas los farellones metálicos, a perseguir derroteros de tesoros indígenas, con un individualismo sombrío y anárquico. Es la reproducción de la aventura de los conquistadores del siglo XVI. Es el mismo valor ciego, que parte confiado únicamente en sí, hacia lo desconocido; la misma confianza en el azar, el propio dinamismo y la impulsividad.

El cultivo de la tierra da escasamente para comer. La patria nace con un erario exhausto. El suelo mismo es estrecho. No alcanzamos a divisar los picachos de la cordillera, que se agarran al sol, cuando nuestro cuerpo se hunde en el mar.

Las minas son la liberación. Copiapó, en las puertas del desierto de Atacama, fué bautizado por los conquistadores *el valle de turquesas*. Desde la colonia ha quedado allí flotando una sombra punteada de oro y plata. Los indios han legado noticias de derroteros confirmadas por traficantes de las sierras. La pobreza ha creado en las almas un ansia, anticipando el hallazgo en la imaginación. La piedra es blanda. Es la misma con que el Inca cortara sus huacas; construyera sus templos megalíticos y formara el real camino hacia Chile.

Los primeros conquistadores del desierto tienen, como los héroes del Dorado, una acción individualista. La aventura, por sí misma, les atrae; su actividad se consume en perseguir una quimera. Todo esto supone algo más que el oro, supone un espíritu caballeresco, supone un ideal de ensanchar los dominios de Chile.

Diego de Almeyda fué uno de estos pioneros. Su paso por Atacama tiene algo de sacramento, porque cada cerro y cada paraje recibe el bautismo. Deja su sombra en la arena movable de los médanos, un toldo cerca de la aguada, una cruz en el filón o el derrotero. Los cateadores que vienen tras él se dicen, para alentarse en las horas extraviadas y de desesperanzas, *por aquí pasó don Diego*.

Desde la retirada del Conquistador Almagro, el paso de las huestes de Valdivia, desde el viaje episódico de Monroy y el cateo de Cisterna Villalobos, nadie como Diego de Almeyda recorrió ese desierto donde más tarde habrían de labrarse las poderosas minas de cobre y plata que darían a Chile los primeros capachos de riqueza para levantar, frente a los países hermanos, su nivel de *pariente pobre*.

Era Diego de Almeyda descendiente de aquellos bandeirantes portugueses, creadores del mito amazónico, y jefes de pueblos que conducían a través de la selva brasileña. Un tío suyo, llamado Lorenzo de Al-

meйда, fué quien remitió a Lisboa (1729), las piedras preciosas que se extraían del *Cerro do Frío* y que allí servían de fichas para jugar, cuando eran diamantes de pura agua.

La aventura iniciada por Almeyda, en el nacimiento de la nueva república, se infla de un prestigio utilitario y romántico. No es ya el mito de la ciudad perdida desacreditado por la sátira de Voltaire. Es la revelación de la piedra adorada por los incas y despreciada por los conquistadores.

Copiapó, palabra derivada por los aimarás de Copayapu (copa de oro), rebalsa en sus hijos todas las ansias del país. Siguen las huellas de Almeyda dos atacameños: José Antonio Moreno y José Santos Ossa. Moreno explora el desierto por el flanco accesible de la costa: llega al mar. Los primeros vapores de rueda que navegan en el Pacífico, en 1840, embarcan los metales de sus establecimientos beneficiadores de Taltal y Paposo, siendo el iniciador del intercambio comercial con Europa. Le llaman el *hombre del cobre*.

José Santos Ossa es el prototipo del chileno del desierto con todas sus energías y temeridades. Cateador, minero, industrial, explorador. Su niñez se desliza escuchando la relación maravillosa de los grandes descubrimientos. Chañarcillo es el palacio de plata donde empiezan todas aquellas historias.

La india Flora Normila había huído de su pueblo para vivir sus últimos años lejos de los hombres, en las alturas de una serranía llamada la punta de Pajonales. Allí estableció su majada y apacentaba sus cabros y sus borricos leñadores.

Cuando al caer el sol recogía y juntaba su pequeño rebaño en el aprisco, solía llegar a descansar a su choza don Miguel Gallo, de paso para su establecimiento cuprífero del Molle. La india hecha, a pesar de todo, de amor y de dulzura, participábale de su agreste mate y de alguna tajada de sus cabritos.

Cierta vez que lo notó intranquilo, abatido por el peso de sus afanes, díjole, quedamente, sin que el señor Gallo hiciese mucha atención, que ella podía librarlo de pesadumbres haciéndolo dueño de una riqueza que tenía muy cerca de la choza. Muchas otras veces le repitió lo mismo y el señor Gallo otras tantas veces se desatendió, preocupado siempre de sus minas de cobre, de sus ingenios de fundición, de las leñas de las quebradas con que alimentaba sus hornos. Parecía querer atribuir el ofrecimiento de Flora Normila a un deseo de prosperidad que tuviese para él, y así se lo agradecía, llevándole en sus alforjas la yerba, el azúcar, la coca.

La buena india poco después, callada como había vivido, murió. Su hijo, Juan Godoy, mocetón fuerte y bien constituido, se ocupaba en los trabajos serranos de acarrear leña para los establecimientos de fundición, y su madre lo había hecho depositario del secreto pidiéndole no participarlo a otro que no fuera el señor Gallo.

La historia ha tenido otras versiones de aquel amanecer de Juan Godoy, recostado sobre un crestón de plata de Chañarcillo. Pero, sea como fuere, le tocó a don Miguel Gallo recibir del humilde leñador el mineral más opulento de Chile, riqueza que formó la fortuna de innumerables familias, acaso la de la República misma.

Los caminos que recorren los primeros buceadores del desierto dan noticias de una vasta y rica literatura geográfica que, más tarde, sólo la abnegación de la ciencia inspira nuevas excursiones. A este orden pertenecen los viajes científicos de Darwin, Humboldt, Phillippi y otros.

LOS ANSIOSOS

Los que siguen la ruta de los descubridores desatan la imaginación apurada y violenta del ansioso. Las ca-

ravanas de cateadores toman rumbos inverosímiles. Lopez, busca guano; Morales, minas de oro; Carabantes, yacimientos de cobre; Barazarte, plata; Pig González, salitre. Nadie sabe lo que desea para enriquecerse. Los santiaguinos invierten sus últimas onzas peluconas en una expedición aventurera. El agricultor se hace minero. El marino deja su buque por el toldo del cateador.

El ansia crece con el derrotero. Los cerros del litoral dejan en las aguas un tinte oleoso, lujuria de color y de fuerza. Hay en esos cerros vetas negras y coloradas. Y cuando salta el sol el gredelín, el pórvido arcilloso, el pardo oscuro, el morado claro, el verde alfónsigo, el rojo fuego, se ven en la roca picada al mar. La tierra está metalizada. Es una invasión de colores. Los aires emolientes incitan a internarse.

El derrotero de los Naranjos es alentado por los informes de los descubridores. El desierto avaro guarda el misterio de sus riquezas para los constantes y tenaces. ¿Por qué desconfiar?

La leyenda está viva. Nicolás Naranjo construyó un buque en La Serena para llevar al norte un cargamento de congrio seco. En uno de los puertos de la recalada, vendió el buque y regresó para construir otro de mayor tamaño. Naranjo había desechado el negocio del pescado para ir a trabajar una rica mina de oro.

Durante su permanencia en el distrito de Atacama medicinó y salvó a un indio chango, de Paposó, quién agradecido le condujo al interior del desierto mostrándole una gran veta de subida ley, de la que extrajo un bolsón de colpas, que, beneficiadas en La Serena, rindieron diez libras de oro puro.

El feliz minero fabrica el nuevo buque; lo echa al agua y se da a la vela, desde Coquimbo, el 25 de Diciembre del año 1806. Pero la embarcación, a poco andar, se inclina de babor, quizá por la mala estiva;

marcha algunas horas sin recuperar su posición natural. En la tarde se hunde frente a la Punta de Teatinos, ahogándose Naranjo y los ocho tripulantes.

Desde entonces este derrotero es una de las leyendas favoritas de los mineros del norte. Las caravanas de exploradores que han ido en su busca suman cientos, pero el misterio permanece. Los ansiosos no han logrado hartarse con esta conquista. Hay un sino fatal en el desierto que hiere de muerte a los que se acercan. La venganza de la tierra incomprendida donde es un culto el símbolo mitológico del guanaco, el cóndor, la llama; donde la piedra tiene la cara del indio con gestos que recuerdan la pena, el terror, el odio, el amor.

El ansia de riqueza ha transformado los hombres del país. En el penoso esfuerzo nacen virtudes que convergen en una evolución social. La vida de las minas, el continuo contacto con la muerte, la esperanza de nuevos descubrimientos, reúne a los hombres dándoles la santidad de la sustancia primitiva. Hay un pensamiento comunista. La tierra es de todos. El camino del Inca tiene en el desierto el prestigio de la antigua civilización incaica, que anima el aliento creador de los dioses nativos. De esta obra de solidaridad humana nace nuestro progreso. Pero, cuando los descubridores, los mineros de Atacama, los cateadores y arrieros han desaparecido, se rompe la unidad emocional de los nativos. Los hombres extranjeros que vienen a elaborar riquezas en el desierto, vuelven pronto a sus patrias originarias llevándose el tesoro de los ansiosos y dejándonos solamente esa llaga geológica que llamamos *hoyo*. Entre tanto la barbarie de su codicia lo ha corrompido todo. No es ya el esfuerzo individualista que mantiene el ideal. Es la especulación voraz que deja como migajas del banquete el exiguo derecho que se paga al país por llevarse su rique-

za. Los nuevos colonizadores ni mueren ni se redimen.

Los nietos de aquellos visionarios, corrompidos por la molicie y huérfanos de la herencia moral de los descubridores, se dejan seducir. Los nervios endurecidos de los abuelos se ablandaron en la costa para crear una burocracia medradora, incapaz del menor esfuerzo.

El hijo del sur, desarraigado de la tierra generosa que lo sustentaba, se obscurece en una masa informe, dolorida, deshecha moralmente por el trabajo brutal.

Cuando la explotación deja de producir a ese capital extranjero, sin arraigo, las cantidades fantásticas de otrora, se paralizan los trabajos y en las pampas quedan las máquinas de elaboración, abandonadas como barcos arrojados contra la costa por el mar.

Los mercaderes han huído, asustados por la hosquedad del desierto, abandonando sus palacios de madera y calamina para que el terral silbe en las noches los augurios de desolación.